

LEALTAD IGNACIANA, OBEDIENCIA JESUITA

Resumen: Durante su peregrinación personal, Ignacio de Loyola asimiló la primitiva espiritualidad cristiana formulada ya por San Pablo. La espiritualidad cristiana básica significa que "la vida es Cristo", y también la libertad interior del espíritu, alma y cuerpo. Su mentalidad de caballero había preparado a Ignacio para ofrecer su lealtad total a Cristo. Y por Cristo, Ignacio obedecía a la Iglesia, aunque no le resultaba fácil. Sus confrontaciones con la iglesia jerárquica eran paradójicamente liberadoras. Porque la obediencia leal es psicológicamente sana, y hace que la persona salga de sí misma para un servicio ajeno a su yo. Ese es el meollo de la espiritualidad ignaciana. En los tiempos primitivos la virginidad, y en la Edad Media la pobreza, daban cuerpo a la libertad espiritual: con Ignacio la obediencia se convierte en la manifestación más visible de la libertad espiritual. Ésta es, pues, la espiritualidad jesuita: libertad de espíritu en la obediencia leal a la Iglesia y al Papa.

Este ensayo se centra en la diferencia, si es que existe, entre la espiritualidad ignaciana y la espiritualidad jesuita. No es más que el punto de vista de una persona, muy condicionado por su propia experiencia y expresado en términos de su tópico favorito, que no es otro que las *Memorias* o *Autobiografía* de Ignacio.

Como es bien sabido, la *Autobiografía* se escribió muy a regañadientes, con reluctancia y con dilaciones, y a repetidas instancias de los discípulos devotos, encabezados por Jerónimo Nadal, que deseaban tener, por el medio que fuera, lo que ellos llamaron "un testamento", que sirviese de inspiración y guía para perseverar fieles a la gracia, que los había reunido en compañía. Hoy diríamos que buscaban una declaración auténtica del carisma de su guía.

Nadal creía y afirmaba con profunda convicción que Dios había influido en los seguidores de Ignacio, del mismo modo que había influido en Ignacio, y que ellos debían responder de forma semejante a como lo hizo Ignacio. De ahí la importancia vital de tener una narración auténtica de su peregrinación espiritual. Y de hecho, y vista desde esta perspectiva, lo que a primera vista podría parecer una narración casual, se convierte en una revelación altamente interesante de los movimientos que subyacen en los *Ejercicios Espirituales* y en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús.

Ésta podría ser la clave del motivo de nuestro estudio - que ahora iniciamos, intentando definir al menos los detalles más notables, sin detenernos en los detalles.

Pero antes de adentrarnos en un camino de descubrimientos, debemos superar un obstáculo: se refiere a la diferencia, si es que existe, entre la espiritualidad ignaciana y lo que podríamos llamar espiritualidad cristiana básica, tal como la encontramos en el Evangelio y tal como ha sido formulada por San Pablo, primero y mayor de los maestros después del mismo Jesús.

En sus diferentes cartas, Pablo presenta una exposición coherente, aunque no sistemática, de la dinámica de la vida Cristiana, que se puede resumir así: *La Vida es Cristo* (Fl, 1,21), y esa "Vida" significa libertad de espíritu, porque "Cristo nos ha hecho libres, para que nosotros permanezcamos libres" (Gl, 5,1).

Es nuestra opinión que la doctrina cristiana posterior, manejando conceptos derivados de la filosofía griega, no hace justicia a la enseñanza de San Pablo. Y que San Ignacio, muy ajeno a la filosofía, cuando basándose en su experiencia escribió los *Ejercicios*, ha ayudado a recobrar la visión paulina debido a su conocimiento natural de los principios psicológicos fundamentales.

Pero no tenía a su disposición el lenguaje adecuado para expresarse y tuvo que usar el vocabulario corriente. Por ello sólo en nuestros días, y por los adelantos de la psicología, podemos llegar a comprender del todo lo que él intentaba expresar. Y la conclusión a la que finalmente llegamos es que los descubrimientos de la psicología moderna sobre el desarrollo humano siguen la línea de la enseñanza de Pablo, tal como la presenta Ignacio. De ahí se deriva la popularidad actual de la espiritualidad ignaciana: es de hecho una vuelta a la espiritualidad original del Nuevo Testamento, en toda su simplicidad y vigor. Y es al mismo tiempo la manera más satisfactoria de vivir y actuar con plenitud y eficacia, como seres humanos, en el mundo de hoy.

San Pablo: Libertad en el Espíritu

En su primera carta a los Tesalonicenses -que es al mismo tiempo uno de los textos más primitivos del Nuevo Testamento- Pablo termina con la presentación de un ideal de vida espiritual, cuyos diferentes aspectos irá desarrollando y completando en sus escritos posteriores. Y al final formula su oración:

El Dios de la paz os santifique cumplidamente, y que se conserve entero vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo sin mancha para la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, y que también lo cumplirá. (I Tes, 5,23.24).

Notemos enseguida que para Pablo nuestro "ser completo" es "espíritu, alma y cuerpo". En otro lugar se refiere al "espíritu" como el "yo interior" (Ef, 3,16; en la Vulgata "interior homo") mientras que el alma y el cuerpo juntos son "carne" (Rm, 8:2, traducido corrientemente como "naturaleza humana"). Es de lamentar que la teología cristiana tomara como suya la definición del ser humano como animal racional, compuesto de alma y cuerpo, invalidando así el modelo paulino. La realidad objetiva de la vida cristiana permaneció, naturalmente, y floreció, pero su conocimiento y estudio se desvirtuó en los diferentes intentos de construir una espiritualidad sin el espíritu, que es precisamente el yo definitivo, la única persona que cada uno es delante de Dios.

Porque para Pablo el espíritu juega un papel central. Tiene una misteriosa afinidad con el Espíritu divino, que nos hace ser semejantes y parecidos a Dios; mientras que la carne, o naturaleza humana, nos hace unos con el resto de la creación y sujetos a sus influjos. En la tensión consiguiente, de la cual Pablo habla con tanto sentimiento, "el Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios"

(Rm, 8,16), y "donde está presente el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cr, 3,17).

Todos somos conscientes de que la Redención realizada por Cristo es esencialmente fundamental para nuestra fe. Pero Redención significa precisamente libertad de la esclavitud, y la libertad es la característica básica de nuestro espíritu; nuestra naturaleza no es libre - ni el cuerpo ni el alma son realmente libres, y tienden a arrastrar a nuestro espíritu. Pero "el Espíritu es la garantía de que recibiremos lo que Dios ha prometido a su pueblo, y nos asegura que Dios concederá libertad completa a los que son suyos" (Ef, 1,14). El ideal de la vida cristiana, como ciertamente el ideal de toda vida humana, es alcanzar la completa libertad de espíritu. Y ese es el meollo de la espiritualidad: la libertad de espíritu en el Espíritu de la libertad.

*libertad de espíritu en el
Espíritu
de libertad*

Ignacio: La lealtad como liberación

Ignacio descubrió el espíritu en lo que él llama en su *Autobiografía* "su primera reflexión sobre las cosas de Dios" (*Autob.* 8). Nos dice que estando convaleciente en Loyola y leyendo libros piadosos para pasar el tiempo, su mente se ocupaba en dos clases diferentes de pensamientos, que en el nivel afectivo le causaban igual satisfacción. Pero poco a poco se dio cuenta que a nivel más profundo, al cual no había prestado atención hasta ahora, su creciente inclinación a Cristo le causaba gozo sereno y profunda satisfacción, mientras que los pensamientos de ambiciones mundanas le dejaban frío y seco. En este nivel se conoció Ignacio a si mismo y llegó a encontrar realmente a Dios. Fue una experiencia de liberación total, que abrió ante sus ojos un mundo totalmente nuevo, una realidad de posibilidades ilimitadas.

Se tropieza con una paradoja, que no es diferente de las muchas paradojas de las que se vale Jesús para expresar la novedad de su mensaje, pero que se le presenta a Ignacio en una forma muy de acuerdo con su carácter y su entorno cultural: descubre la lealtad como liberación.

*la lealtad a Cristo une
nuestro espíritu...*

En su *Autobiografía* lo contemplamos obsesionado por la lealtad. Siguiendo la mejor tradición caballeresca busca un objeto que sea digno de su dedicación total, y se siente cautivo de esos sueños extravagantes. Pero unos libros, que por acaso caen en sus manos, le descubren el

único objeto digno de un compromiso total: Cristo. Y aunque la lealtad es un fin que ata, la lealtad a Cristo es una liberación, porque lleva a la experiencia que Jesús tiene del

Padre, de Dios como Absoluto, mientras que todo lo demás es relativo. Esa es la verdad que nos hace libres.

Ignacio llega a conocer hasta qué punto su verdadero yo ha estado dominado por las ideas y sentimientos de su yo más superficial, pero menos auténtico; y da una vuelta completa al proceso, de tal modo que una actitud de respuesta generosa a Dios a nivel más íntimo, influye en sus acondicionamientos mentales y emocionales y modifica su conducta: "Su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente" (*Autob.* 10).

*... con la verdad
de Dios
que nos hace libres*

Aquí encontramos el modelo básico y peculiar de la espiritualidad ignaciana en general, y de los *Ejercicios Espirituales* en particular. Las palabras "interiormente" e "interior" aparecen con frecuencia en el texto, pero por desgracia desaparecen con frecuencia en las traducciones. Y se refieren precisamente a ese nivel profundo del espíritu, de ese yo real, que posiblemente Ignacio puede haber imitado de las palabras paulinas "interior homo", a las que nos hemos referido anteriormente. Hoy podríamos llamarlo nivel del yo personal, para distinguirlo de los niveles mentales y afectivos del cuerpo y del alma. En ese nivel se da el contacto directo entre Dios y cada uno de nosotros, y los Ejercicios están dirigidos a asegurar que ese contacto no tenga obstáculos, para que dé su fruto de libertad (*EE* 45).

Al llegar a este punto la psicología nos ayuda a esclarecer y resaltar la importancia de la dinámica del progreso y perfección del plan paulino e ignaciano: nuestra naturaleza, el complejo de alma y cuerpo que tenemos en común con todos los humanos, crece internamente y sólo puede desarrollarse y madurar, mediante un proceso de asimilación: asimilamos hechos, adquirimos hábitos, consumimos alimentos y bebidas. Pero la persona, el yo que es mío únicamente, va en dirección opuesta abriéndose y buscando a los demás, cuidándose y compartiendo, porque está esencialmente vertido al exterior, y siempre mirando más allá de sí mismo.

Y así llegamos a la declaración medular de los *Ejercicios*, situada en el mismo centro del texto: "Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su propio amor, querer y interese" (*EE* 189). Recuerda el consejo de Pablo a los que han alcanzado la libertad de espíritu: "Habéis sido llamados a la libertad, pero cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne, antes servíos unos a otros por la caridad" (Gl, 5,13).

Ésta es la enseñanza del mismo Jesús, que el Evangelio expresa con frecuencia mediante parábolas, como la del grano de trigo (Jn, 12,24). Y toda la espiritualidad cristiana la acepta y fomenta. Pero la espiritualidad tradicional, que maneja un modelo inadecuado de naturaleza humana, no puede por menos de presentar el progreso espiritual como un proceso de enriquecimiento: ganamos méritos al aumentar la gracia, mediante la recepción de los sacramentos,

*la gracia mística debería
alcanzarla todo cristiano*

y al aumentar nuestro saldo positivo de buenas obras. Esta manera de expresarse puede tener justificación, pero tiende a fomentar un egoísmo piadoso. Hoy se le juzga insatisfactorio, y discordante, en contraposición a las ideas actuales de lo que significa ser real y completamente humano.

Volvamos la *Autobiografía*: el proceso de liberación en Ignacio alcanza su punto culminante en la extraordinaria experiencia del Cardener en Manresa, "y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas" (*Autob.* 30). Esto siempre se ha reconocido como una gracia mística muy especial, pero que puede y debería alcanzarla todo cristiano, en una forma más limitada pero eficaz. Y así Pablo ora por todos, invocando a la Trinidad y pidiendo que

el Dios de Nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él...para que según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad" (Ef, I,17; 3,16.17).

El mismo Jesús vio toda la realidad a la luz del amor del Padre; y los Ejercicios encaminan al Cristiano hacia ese fin, a través del "conocimiento interno del Señor" (*EE* 104). No podemos enumerar aquí todos los pasos, pero el fin es responder a cada experiencia como Cristo le hizo, encontrando a Dios en todas las cosas, siendo contemplativos en la acción.

A pesar de ser simplemente un seglar, pero generoso y resuelto, sentía la urgencia irresistible de seguir los pasos de Cristo, incluso en lo externo: "todo lo que deseaba de hacer... era la ida de Jerusalén" (*Autob.* 9); "su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos, y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar a las ánimas" (*Autob.* 45). Tal había de ser el resto de su vida y el desarrollo completo de su espiritualidad.

Espiritualidad Jesuita: Servicio leal a la Iglesia

Pero al llegar a este punto encuentra el destino en el primer contacto con la Iglesia jerárquica en su dura realidad: se enfrenta literalmente con una bula papal (*Autob.* 47). Su reacción ante la orden perentoria de salir de Jerusalén inmediatamente y volver a su país fue decisiva, y de consecuencias imprevisibles, tanto para él personalmente como para la Compañía de Jesús y para la espiritualidad jesuita. Sin la menor duda, sin muestra alguna de pesar, abandona por completo un sueño largamente acariciado. Ignacio comienza una peregrinación pero de retorno.

Algunos podrán encontrar esto extraño. Quizás heroico, pero quizás también servil: podría al menos haber desistido, pero después de protestar. No dice nada. Pero lo realmente extraño y significativo es que todo el episodio es para él no una frustración, sino una liberación: otra vez se abre un

*lealtad significa obediencia;
obediencia significa
liberación*

nuevo mundo, de posibilidades sin fin. "Después que el dicho pelegriño entendió que era voluntad de Dios que no estuviere en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas" (*Autob.* 45). El mundo entero es consciente del importante final de ese intento y del impacto que ha tenido en la historia de la Iglesia y de la humanidad en general.

Nuestra opinión es que aquí nació la espiritualidad jesuita, antes que existiera la Compañía de Jesús - como manera peculiar de vivir la entrega total a Cristo, que es el punto central de la espiritualidad paulina, cristiana, e ignaciana. Porque, si bien es verdad de una forma general que "la vida es Cristo" (Gl, 1,21), esa vida puede vivirse de formas diferentes y en gran variedad de ministerios: "todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere" (I Co, 12,11). Y lo que el Espíritu enseña a Ignacio es que la lealtad a Cristo significa obedecer a la Iglesia.

La Lealtad como obediencia, la obediencia como liberación.

Esto podría parecer obvio, pero en aquel entonces se hacían preguntas serias sobre el fin de esa obediencia. Incluso hoy se discuten las implicaciones del primado del Papa. Es cosa clara que si hay algo que se destaque de manera contundente en su *Autobiografía*, y desde las primeras líneas, es que Ignacio nunca fue hombre de medias tintas, de compromisos. La obediencia significa simplemente obediencia. El resto de su relato, hasta el último capítulo, toca situaciones que se refieren a la autoridad eclesial.

*el resto de su relato
toca situaciones
que se refieren a la autoridad
eclesial*

Ignacio no adopta un talante de conformidad, como parece hizo en su primer caso; representa, aduce, recurre - pero obedece siempre. Sin embargo, nunca pierde su libertad de espíritu, que parece crecer en el proceso.

De nuevo no se trata de actuar por teorías, adoptadas con anterioridad, sino más bien de una aceptación de la lealtad como obediencia, y en consecuencia experimenta la obediencia como liberación. En este caso el punto crucial es el veto a su segundo intento de ir a Jerusalén, cuando se ofrece, junto a "sus amigos en el Señor", para servir al Papa. En el camino, tiene una experiencia semejante a la de Manresa. En La Storta, narra la *Autobiografía* con brevedad, "Dios Padre le ponía con Cristo" (*Autob.* 96) - recordando sin pretenderlo el deseo ardiente de Pablo de gozar a Cristo "y ser hallado en Él" (Fl, 3,9).

Por fortuna tenemos una narración más detallada de uno de sus compañeros en el viaje, y en ella hay tres palabras que se destacan: *Jesús - siervo - Roma*. Este trío se convierte en la fuente mística de donde brota un programa de tres puntos, que define a la Compañía de Jesús en su carta fundacional, la Fórmula del Instituto: "servir a Dios sólo y a su esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice".

Así como la espiritualidad ignaciana tiene su "principio y fundamento", sobre el cual se edifican los *Ejercicios*, así también la espiritualidad jesuita tiene el llamado cuarto

voto, que Ignacio llama "el principio y central fundamento" de la Compañía de Jesús, sobre el cual se edifican las *Constituciones*.

**Espiritualidad jesuita:
La libertad de espíritu en la obediencia leal**

Mucho se ha escrito y hablado a lo largo de la historia en favor y en contra de voto jesuita de obediencia al Papa, y sobre la obediencia jesuita en general. Comencemos por hacer notar, en relación con los tres votos religiosos tradicionales, que en los tiempos primitivos la virginidad o el celibato eran la declaración especial de libertad espiritual, que en la Edad Media las órdenes mendicantes proclamaron la pobreza como el camino hacia la libertad, dando por supuesto que una persona es libre si no tiene nada que perder; y que en el umbral de la Edad Moderna, es Ignacio quien, sin quitar valor a la castidad y a la pobreza, exalta la obediencia como liberadora del espíritu.

Ignacio redacta un párrafo muy largo en las *Constituciones*, una especie de lista de consejos, como éste: "poniendo todas nuestras fuerzas en la virtud de la obediencia...y poniendo toda la intención y fuerzas en el Señor de todos, en que la santa obediencia, quanto a la ejecución y quanto a la voluntad, y quanto al entendimiento, sea siempre en todo perfecta" [547]. Cristo nos ha hecho libres por su obediencia hasta la muerte, y debemos tener "los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús" (Fl, 2,5), si queremos llevar a cabo su misión liberadora en el mundo de hoy.

en el umbral de la Edad Moderna, Ignacio exalta la obediencia como liberadora del espíritu

Esto no es solamente una consideración altamente teológica, sino que tiene fundado sentido práctico. Porque la obediencia que promueve Ignacio, aparte de su fundamento doctrinal e incluso místico, tiene un claro fin psicológico: impide encerrarse en sí mismo, porque exige estar alerta a algo que proviene de fuera de nosotros - nos hace estar atentos, preparados para la acción, abiertos a cualquier posibilidad. Si se entiende rectamente y se practica, nos lleva a la libertad.

En sus cuatrocientos cincuenta y siete años de vida, la Compañía ha pagado bastantes veces un alto precio por haberse puesto bajo el Romano Pontífice. Esto ha sucedido de muchas y diversas maneras. Y de hecho no ha dejado de producir abundantes frutos en términos de libertad de espíritu. De esto no tenemos pruebas, y quizás no parezca tener sentido el decirlo. Es ciertamente una paradoja. Pero los que han vivido de cerca la crisis de 1981 pueden dar testimonio de que es verdad.